

DE BUENAS LETRAS

Molière

WENCESLAO-CARLOS LOZANO De la Academia de Buenas Letras de Granada

El pasado 15 de enero se cumplieron cuatro siglos del nacimiento de Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673). Hijo y nieto de tapiceros parisinos proveedores de la Casa Real, una vez alcanzada la mayoría de edad renunció al hereditario y próspero oficio familiar, y ese mismo año (1643) fundó el 'Illustre Théâtre' con varios actores, incluida la bellísima Madeleine Béjart, mujer de rompe y rasga, ya diva de las tablas y probable motivo por el que el genio en ciernes se asignara el protagonismo masculino de las obras que dirigiera; por entonces, tragicomedias y farsas de autores en boga.

Fue cuando adoptó el apodo de Molière, siendo habitual entre la farándula inventarse, como alias, topónimos imaginarios: este, por etimología, alusivo a humedal o a aldea molinera. Muy bien no les tuvo que ir al principio, dado que en 1645 pisó la cárcel por impagos, como patrón de la compañía con la que, entre 1646 y 1658, estuvo recorriendo ciudades sureñas francesas y empezó a componer comedias menores y algunos de sus grandes éxitos. Regresó a París ya afamado y mimado por un joven Luis XIV, de quien fue ayudante de cámara desde 1660 hasta su muerte, lo que implicaba atender diariamente el despertar del rey un trimestre al año.

Fracasado como autor de tragedias –siempre más prestigeadas–, diseñó comedias a la

medida de su perenne 'vedette de troupe', evidenciando, a la par, su aptitud para calcar burlescamente costumbres y vicios sociales de sus contemporáneos, y creando unos arquetipos humanos universales con esa naturalidad expresiva –tan ajena a la ampulosidad de la tragedia clásica– que finalmente lo ha inmortalizado. De ahí que obras como 'Los enredos de Scapin', 'El burgués gentilhomme', 'El misántropo', 'Tartufo', 'Don Juan', 'El avaro', 'Las preciosas ridículas' o 'El médico a palos', entre sus muchas piezas maestras, se sigan representando con exitosa regularidad. Añádase a ello que su dramático fallecimiento (al rato de haberse sentido indispuerto interpretando 'El enfermo imaginario' en su cuarta representación pública) contribuyó grandemente a su leyenda, fusionando hasta la exaltación al hombre con su obra.

Nacido en pleno Clasicismo francés, al año que La Fontaine y uno antes que Pascal, contemporáneo de Corneille y de Racine –gerifaltes de la tragedia de altos vuelos–, su impronta cultural es tal que lo mismo que se habla de la lengua de Goethe, de Dante, de Shakespeare o de Cervantes, en el caso francés es la de Molière. No casualmente es su dramaturgo más biografiado; y, junto con Balzac para la novela, el autor estrella de la enseñanza secundaria en su país.